



Ciento volando, más que pájaros

(Película documental de Arantxa Aguirre, 2024)

Creado para conmemorar el centenario de Eduardo Chillida, el trabajo de Arantxa Aguirre sobrevuela por encima de la efeméride y el hábil juego de palabras para convertirse en una honda reflexión cruzada sobre la experiencia del artista vasco, con múltiples puntos de vista ensamblados en un discurso fragmentado. Desde el corazón del Bosque Leku, la gran y más personal creación del escultor, durante hora y media seguimos el vuelo libre que nos propone Arantxa a partir de una frase de Chillida: “más vale ciento volando que pájaro en mano”. Visualizando y aunando testimonios sobre la obra nacida en y para ese espacio, donde la naturaleza y la imaginación del artista del hierro se dan la mano, remontan el aire y nos desafían a la comprensión de un fenómeno artístico, en su contexto originario.

Tarda poco la propuesta visual en desprenderse de los convencionalismos del documental conmemorativo al uso. Desde las primeras imágenes, y aún recurriendo al recurso convencional (quizás prescindible, quizás una concesión al orden) de situar la curiosidad como hilo conductor (en la persona Jone Laspiur, para organizar el trabajo de costura de las ideas y las imágenes), estas resultan tan poderosas y de tal potencia visual que todo lo que sucede en la pantalla se convierte en poética y reflexión, donde los nexos se van articulando por sí solos. Organizado episódicamente en catorce testimonios de otras tantas personas, de una forma u otra vinculadas a la obra de Chillida, el documental nos va mostrando en su

recorrido las cuatro estaciones del año, para ir modificando los valores de la luz y los cromatismos que forman parte de la metamorfosis y los procesos artísticos que la acompañan. También llama la atención desde un primer momento el intento de abarcar el espacio tridimensional de la obra escultórica, evocar el sentido táctil siguiendo esa inercia de tocar el hierro, la masa, la piedra, para captar lo más difícil para la evanescente imagen cinematográfica: el peso. *La verdad en la escultura*, según Chillida, *es su propia materia*. Captarla sobre la bidimensionalidad de la fotografía es un reto que se hace posible con el gran aliado de buscar la luz, la sombra y la multiplicidad de los puntos de vista. Recurrentemente la panorámica circular

en recorrido concéntrico. Esencial es también el ritmo visual, que parece una continuación de los grandes espectáculos de danza que motivaron obras anteriores de Arantxa Aguirre (*El esfuerzo y el ánimo*, 2009; *Dancing Beethoven*, 2016)



La curiosidad de Jone Laspiur, que aún en su formación las Bellas Artes y el Teatro, sirve de guía para el espectador.

El peine del viento

En la presentación de *Ciento volando* en los cines Verdi de Madrid, la directora nos remitió a la primera escena, donde Jone Laspiur camina por el mirador de San Sebastián para asomarse al Cantábrico, como lo hace la obra de Chillida: esos pasos de la joven Jone generan la métrica del ritmo, la cadencia que se establece desde el comienzo hasta el final para que todas las imágenes se vayan orquestando en una sinfonía común, donde la música de Bach, las olas, el viento y la lluvia componen la banda sonora de la película. Del mismo modo que las pautas para la visualidad la crean recursos bien orquestados: los reflejos del sol en una gota de agua, la luz del otoño filtrándose por las hojas de los árboles, los espejos de magia que aparecen por todos lados como encantamientos del bosque, los pequeños animalitos que pueblan las charcas, los toscos ventanales o las piedras labradas en burdas geometrías, los hierros bastamente ensamblados y agresivamente cubiertos por el óxido, son el más fiel reflejo de una estética acorde con la filosofía, con la esencia o la singularidad de la obra de Chillida.

Como si de un prólogo se tratase, la palabra, la memoria de Chillida escritor, pensador y cronista de su propia vida, sirve de preludio. Mientras le leemos, le escuchamos a través de su correspondencia, oteando el horizonte “peinando el aire con dientes de hierro” desde ese emblema de la ciudad de San Sebastián, que es la obra elegida para iniciar la reflexión, que nace de una sensación de la infancia: *El peine del viento*.

El Cantábrico tiene dos caras, una llena de fuerza y contrastes de violencia y espuma de las olas estrellándose contra las rocas. Otra plácida y gris, monocorde en su expresión de la calma que sigue a todas las tempestades. Este mundo de contrastes es una constante de la cultura vasca, tan plena de fuerza, tan ruda y tan proclive al aliento poético que sirve a la confrontación.

Esa metáfora de peinar el viento sobre las aguas tiene su marco en este emblemático mirador, a donde siguen llegando “las olas de la península del Labrador”, como expresa Chillida en su memoria. De la violencia de esa confrontación de la materia y el agua surge la energía, la fuerza y la determinación para llevar a cabo una obra que quiere inscribirse como la acción noble de la mano del hombre sobre la naturaleza.

Un caserío para un sueño

El arquitecto Joaquín Montero, mano a mano con Chillida, fue dando forma a la remodelación de un viejo caserío, originario del siglo XV, adquirido por Chillida para materializar el sueño de un taller donde se origina un bosque de esculturas en plena naturaleza, integrando el hierro, la piedra, la materia, con los árboles, la lluvia y el viento. La idea que prevalece es la de proceso. El caserío va sufriendo su metamorfosis para adaptarse a las exigencias del taller donde se reflexiona sobre el espacio y la materia, paralelo al propio proceso de creación de las obras, que comparten

estos mismos conceptos. Un proceso intuitivo, que confiesa Montero, llevó al artista a dibujar con la mano izquierda para obligarse a ir más despacio y acompañar el proceso de los tiempos necesarios para la reflexión.



El caserío de Zabala, El Chillida Leku surgió como un sueño, a partir de la reforma de un viejo caserío en estado de abandono.

El caserío se constituye poco a poco el punto de referencia del bosque. Los límites entre el interior de los muros y el exterior se establecen a partir de las ventanas que se abren para asomar la mirada y encontrar el punto de vista preciso para la observación. Poco a poco, el taller va ganando el espacio a la casa, desaparecen los muros y el vacío va conquistando los rincones., al tiempo que un gran pilar central se convierte en el tronco del gran árbol que sirve de metáfora al espacio arquitectónico.

Ganar tiempo

El otoño aporta la visualización de la melancolía, las hojas secas a merced del viento que alfombran las imágenes. Es “un tiempo dedicado casi exclusivamente al trabajo”, como dice Mikel Chillida, nieto del artista, rodeado de familia y amigos. “Invertir tiempo en el proceso de elaboración no es perderlo, sino en la filosofía de Chillida, ganarlo”. El tiempo es un elemento vital: en combinación con la lluvia aporta el óxido al hierro. En combinación con el viento, erosiona la roca. Tiempo significa proceso, elaboración, es el elemento necesario para hacer preguntas y buscar respuestas.

La familia, construida junto a Pili, compañera de vida, hace honor a su nombre, Pilar. Ella, Pilar Belzunce, se convierte con los años en guardián de la memoria y depositaria del legado, en cofundadora de la Fundación y del Museo Chillida Leku.

La biblioteca y el archivo son la mejor muestra del mundo intelectual de Chillida que permanece: al artista se le puede conocer también a través de sus libros, los de cabecera, más íntimos; los de arte y cultura, donde documentaba su trabajo; sus lecturas literarias, donde se forja su pensamiento. De la mano de Ixíar Iturzaeta, responsable del Archivo y Biblioteca del artista, y de Nausica Sánchez, responsable de Educación e Investigación, se puede entender cómo Chillida se ha constituido en un referente universal de la cultura vasca. A ello contribuye un mundo espiritual, más mundano que místico, con espacio para *El cantico espiritual* de San Juan de la Cruz y la poesía de Azorín, *Andando y pensando*. Ejercicio vital.

Ignacio Chillida, hijo de Eduardo, muestra con orgullo el legado de su obra sobre papel, *El papel y las palabras*, *Homenaje a Juan Sebastian Bach*. Las xilografías y los manuscritos, que muestran el anverso y el reverso de sus pensamientos. Y sustancialmente, la música de Bach, que fue, dice Ignacio, “la banda sonora de su vida”.

Arte popular y para el pueblo

El carácter popular de la obra de Chillida queda bien representado en la labor casi anónima del que fue jardinero, coautor, de los espacios vegetales y los caminos del bosque Leku. Joaquín Goicoechea puso sus manos y su trabajo, recuerda el jardinero actual. El espacio fue creado para ser visitado por el público, que hoy pone vida y proyecta su curiosidad sobre el conjunto artístico tan representativo de Donostia como, en creaciones paralelas, César Manrique integró el arte y la naturaleza en la isla de Lanzarote.



Las esculturas de Chillida en el bosque Leku nos conectan con el arte primitivo de los menhires, en esa acción de la mano del hombre que se inscribe sobre la naturaleza.

Los testimonios de otros artistas y artesanos nos ayudan a contextualizar el carácter popular de la obra de Chillida. El fundidor Fernando Mikelarena recuerda cómo el artista sabía incorporar al proceso artístico cualquier posible fallo de sus colaboradores, cualquier sesgo sobre el camino presuntamente trazado, aceptando que todo forma parte de un mismo proceso donde el artista no actúa en solitario. El escultor, seguidor y heredero de las tradiciones de Chillida, el también guipuzcoano Koldobika Jáuregui, se refiere al sufrimiento que conlleva la creación y la fe en la obra propia como camino de realización personal. Otro referente del arte vasco, Andrés Nagel, se confronta a sí mismo con el modo de hacer de Eduardo, señalando las distancias generacionales y artísticas a partir de unas señas de identidad compartidas.

Puede resultar contradictorio que esta vocación popular vaya acompañada de la fenomenología de la incomprensión, que es característica general del arte contemporáneo. También esta incomprensión resulta hasta cierto punto, natural. Los testimonios de los visitantes al bosque Leku, y también los jóvenes que son allí llevados por sus maestros para despertar su sensibilidad, tienen la sensación de estar ante algo importante, diferente, pero no alcanzan a concretar sus sensaciones. Los conceptos abstractos. El desconcierto del gran público ante el esquematismo o las

geometrías puras, las líneas simples, el vigor de los materiales. No existe un manual de instrucciones con el que interpretar los vacíos, el silencio, una textura elaborada con golpes de cincel o la libertad de no imponer ni un sentido ni un mensaje, sino simplemente atender a la curiosidad sin más voluntad que crear paisaje y promover una reflexión sobre la mirada. Alguien pronuncia la palabra vacío y este se convierte en un término peyorativo, sinónimo de la nada, en una cultura visual asentada en lo reconocible, en rendirse a los placeres del “buen gusto”, a los conceptos tradicionales, al horror vacui, a los cánones de la belleza que parten de las mismas formas clásicas que Chillida propone dinamitar.

La sintonía intelectual

No es Chillida un verso suelto, sino que se inserta, y se distancia, de las tradiciones de acción y reacción de los artistas de las vanguardias ante las propuestas artísticas de su tiempo. Como tantos otros, Chillida vive la experiencia parisina, pero no se deja deslumbrar por ella. Igual que renegó de los estudios de arquitectura, se niega a seguir caminos ya trazados, renunciando a fórmulas tradicionales de inserción en el mercado artístico, para refugiarse en el mundo personal de sus creaciones, movido por la terquedad, por las búsquedas propias, por la fe en sí mismo.

El que fuera director del Museo del Prado, actualmente al frente del Museo de Bellas Artes de Bilbao, Miguel Zugaza, recuerda lazos familiares y recuerdos infantiles (Chillida fue amigo de su padre) para poner el contrapunto de una interpretación intelectual, desde el punto de vista del historiador y museógrafo. Nos recuerda la estela de Picasso y de Julio González en su manera de abordar el trabajo con materiales hasta el momento sólo habituales en la arquitectura, como lo son el hierro, la piedra o el acero, que en

Chillida alcanzan dimensiones y usos casi industriales, sin renunciar al cincel, a la forja del herrero y al estudio de los ensamblajes, de la gravedad, el peso y el equilibrio. Incluso desafiando la lógica, haciendo gravitar las moles de hierro suspendidas en el aire, para dejar que el viento las mueva y cree una tensión visual paradójica. Otro experto en la obra de Chillida, el catedrático Kosme de Barañano, nos deja una frase para el recuerdo sobre los procesos del artista vasco en relación a Zabalaga: “sacar la piedra y meter el espacio”. *Ciento volando* nos habla de un artista en su refugio, donde los conceptos de casa, taller y obra se funden en una filosofía y un propósito común. En sus propias palabras:

“Lo llevaré a cabo sin marcar fechas. He comenzado a guardar obra, pero este maravilloso caserío no será un museo sino la señal de que soy de allí. No quiero una reconstrucción sino dejarlo firme y seguro tal y como está para llenarlo de una estructura contemporánea: que se vea el hoy y el ayer.”

En conclusión

Como otras veces, el afán de documentar es una seña de identidad de Arantxa Aguirre, que se caracteriza por una manera humilde de esconder la ambición del cineasta para dejar que todo el protagonismo recaiga en la personalidad del artista. Los testimonios de personajes cercanos nos ayudan a entender mejor al artista y su obra en su verdadero contexto, el paisaje, la materia, el sentido orgánico, el agua, el viento, el fuego, etc... Nos acerca al espíritu de Chillida, a veces difícil de entender en la selva de espacios urbanos o museológicos, junto a públicos descreídos; este trabajo no solo es una excelente guía de interpretación, sino que es también una oportunidad para disfrutar de los paisajes sonoros y visuales que se ofrecen. Hay algo misterioso que hace que te dejes llevar, como sucede con la danza, de un punto de vista a otro, con ese sentido de

itinerario que persigue los procesos creativos.

Especialmente destacables, por inusuales, son los recursos que se utilizan para visualizar las formas escultóricas de manera envolvente y táctil. La escultura es un arte tridimensional y de la materia, tan alejado de la bidimensionalidad de la fotografía y la inmaterialidad de la imagen fílmica. Aquí se recrea muy bien lo esencial, el movimiento, el peso, las texturas, en fin, en conjunto, esa fuerza arcaica y esa terquedad que tiene la cultura vasca en mostrarse, obstinadamente, como una fuerza de la naturaleza.



Título original: *Ciento volando*

Año: 2024. **Duración:** 92 min.

Dirección y guion: Arantxa Aguirre

Reperto: Jone Laspiur

Fotografía: Gaizka Bourgeaud, Rafael Reparaz, Carlos Arguiñano Ameztoy

Sonido: Carlos deHita.

Producción: A Contracorriente Films, BixaguEntertainment, Fundación Chillida

<https://www.filmaffinity.com/es/film124097.html>

<https://www.imdb.com/es/title/tt30841231/?language=es-es>

<https://elpuenterojo.es>

ISSN 2530-4771

Federico García Serrano

Referencias.

<https://www.museochillidaleku.com>